



«La familia en la vejez»

Hace muy pocos meses y todavía presente en nuestro recuerdo celebramos el Año Internacional de las Personas de Edad y de la Solidaridad entre generaciones, iniciativa en la que participamos con agrado todos aquellos que trabajamos junto a ellos.

Como si de una concatenación obligada se tratara, el año 1994 ha sido declarado año Internacional de la Familia y con tal motivo me voy a permitir recordar y renovar lo que entiendo como deuda social para con esta vapulada figura, la familia, en un papel estelar: el cuidado del anciano.

Un nuevo mito acecha: «el abandono de los ancianos por parte de sus hijos», «la lejanía de éstos», «los hijos no cuidan de sus padres ancianos». Un mito que como tal va a seguir una andadura legendaria pero que intentaré con estas líneas iniciar el destierro.

No puede negarse que algunos ancianos son abandonados u olvidados en la puerta del hospital o en un servicio de urgencias, o que algunas familias se vuelven reticentes y huidizas cuando se plantea el alta de la Institución y su regreso al domicilio. Pero ...solo son un pequeño número, prácticamente insignificante de acontecimientos como los descritos, quizá la totalidad de los que «puntualmente» recogen los medios de comunicación. ¿Pudiera quizá deberse a que la atención demandada por el anciano no puede ser acometida ni un día más por sólo la familia? ¿Quizá sean el cansancio y la falta de recursos en la comunidad las causas que han roto esos ancestrales lazos fraternos incombustibles pensábamos cuando el anciano no era un inválido?. ¿Quizá sea debido a unas deterioradas relaciones previas del anciano con su familia que no apuestan por una convivencia armónica cuando ya en otros tiempos, en tiempos de independencia, no existían?

Lo cierto es que el 96% de todos los ancianos viven en sus hogares, muchos solos o en pareja, porque así lo han elegido pero manteniendo un intenso grado de contactos familiares y amistosos (más del 90% han tenido contacto con sus hijos y amigos íntimos el día o la semana anterior).- Otro grupo muy importante conviven diariamente con sus hijos o familiares y como regla, arropados tanto en salud como en circunstancias más meritorias, también en enfermedad. Una manifestación de parte de los ancianos ayudará a debilitar ese mito: «La familia es la principal fuente de satisfacción de la vida».

Igualmente verdad es que ha cambiado el modelo tradicional de atención a los padres al unisono que algunas condiciones de ámbito socio-laboral que han propiciado esta metamorfosis: el trabajo de la mujer, los problemas de «espacio», las grandes ciudades, los cambios de residencia, pero, esta transformación no implica desatención. La responsabilidad filial sigue viva con unas características distintas. Si los ancianos son personas sanas, independientes, vitales, en dependencia de las características de socialización y económicas del individuo anciano y de su familia las relaciones alcanzan cotas de satisfacción al menos similares a las que han existido en esas casas donde convivían tres o hasta cuatro generaciones.

Cuando los ancianos son muy mayores, su salud quebrada, su capacidad cognitiva disminuida o alterada, es decir, cuando son incapaces de autocuidarse comienza en ese momento el tiempo de poner a prueba la relación.

Algunas viejas circunstancias siguen vigentes. Ya no se reserva a la hija menor el papel de cuidadora a perpetuidad de padres añosos, pero, los viejos siguen siendo atendidos casi siempre por una única persona. Cuidar a un

anciano enfermo o dependiente causa fatiga. La vida diaria se ve siempre trastocada y agravada cuando el cuidador se vuelca en exceso, no posee recursos económicos que le ayuden a suplir o «alquilar» ciertos servicios, cuando no existen recursos de ayuda en la comunidad o no tiene quien le sustituya temporalmente en esa actividad. Los problemas surgen cuando esta situación de «requerir continuo» se prolonga en el tiempo, desequilibrando la vida relacional, laboral, económica e incluso de salud del cuidador.

Esta quizá sea la estampa prologo de esos, insisto, aislados casos de abandonos. Cuando el grupo familiar, escaso o desunido se ve sólo, desamparado de ayuda en la misión de cuidar a un anciano enfermo en el domicilio, podemos estar poniendo en peligro la continuidad de uno de los bienes sociales y sanitarios de más envergadura, insustituible hasta por el más desarrollado modelo de estado del bienestar. Un valor incalculable que puede quebrar si no intervenimos en la «llamada de ayuda» de estos cuidadores.

Creo necesario desde nuestra concepción como profesionales y ciudadanos asistir a la familia, con información sobre los cambios «normales» en el anciano y en la vida del cuidador, sobre las ayudas técnicas y niveles asistenciales y comunitarios que pueden servir, propiciar relevos en la tarea (voluntariado o implicando a otros familiares). Institucionalizaciones temporales en niveles socio-sanitarios, que permitan recobrar energías para reanudar la atención, creando grupos de discusión y ayuda ante problemas semejantes (Asociaciones de Familiares de Alzheimer, ...) y un largo e ingenioso etcetera.

La familia en la vejez, en salud y en enfermedad, ocupa un papel crucial, relevante e insustituible que deberemos desde todas las instancias reconocer y salvaguardar.

Para los que por principios consideramos al anciano y a su familia como una unidad, inseparable, como si de cabeza y tronco se tratara, no nos cuesta esfuerzo, al contrario, testimoniar el verdadero valor de ésta en el bienestar de la persona mayor y reafirmar su general deseo de seguir cuidando de «lo suyo» hasta el final. Junto a este manifiesto en contra de un mito de fines de siglo, otro que siguen proclamando la gran mayoría de ancianos: «tener familia es el mejor seguro de vejez»

J. Javier Soldevilla Agreda  
Presidente S.E.E.G.G.